

VICTORIA SCHWAB

EL  
ARCHIVO



Imagina un lugar donde los muertos descansan como libros en bibliotecas.

Cada cuerpo tiene una historia que contar, una vida en imágenes que solo los Bibliotecarios pueden leer. Los muertos reciben el nombre de Historias. Y el vasto reino en el que descansan es el Archivo.

En esta novela, hermosa y oscura, de persecución y misterio, Victoria Schwab sobre la delgada línea entre el pasado y el presente, el amor y el dolor, la confianza y la traición, las pérdidas insoportables y la lucha hacia la redención.

*A Bob Ledbetter, cuya Historia me encantaría leer.*

*Y a Shelly McBurney, quien deja una marca en todo lo que toca y en todos aquellos que conoce.*

*No te pares frente a mi tumba a llorar,  
No estoy allí; no duermo.*

MARY ELIZABETH FRYE

LOS ESTRECHOS me recuerdan las noches de agosto en el sur.

Me recuerdan las rocas y los lugares antiguos donde la luz no llega.

Me recuerdan el humo —ese ya viciado y permanente— y las tormentas y la tierra húmeda.

Y más que nada, Da, me recuerdan a ti.

Entro en el corredor y respiro el aire pesado y tengo nueve otra vez y es verano.

Mi hermano pequeño, Ben, está recostado adentro cerca del ventilador, dibujando monstruos con un lápiz azul, y yo estoy en el porche de atrás mirando las estrellas, todas ellas rodeadas de halos por la humedad de la noche. Estás parado a mi lado con un cigarrillo y un acento llenos de humo, girando tu anillo gastado y contando historias sobre el Archivo y los Estrechos y el Exterior, con palabras calmas, con tu acento de Luisiana, como si estuviéramos hablando del clima, del desayuno, de nada.

Te desabotonas los puños de la camisa y te arremangas hasta los codos mientras hablas, y por primera vez noto cuántas cicatrices tienes. Desde las tres líneas talladas en el antebrazo hasta docenas de otras marcas, cortan crudos dibujos en tu piel, como las grietas de un cuero viejo. Trato de recordar la última vez que usaste mangas cortas. No puedo.

Esa llave vieja y oxidada cuelga de su cordón alrededor de tu cuello como siempre y de alguna manera atrapa la luz, aunque la noche sea oscura como el carbón. Juguetear con una hoja de papel, la enrollas y desenrollas, tus ojos recorren la superficie como si debiera haber algo allí escrito, pero está en blanco, así que la enrollas otra vez hasta que tiene el tamaño y la forma de un cigarrillo y te la pones detrás de la oreja. Empiezas a trazar líneas en el polvo en la

baranda del porche mientras hablas. Nunca podías estar quieto.

Ben se acerca a la puerta del porche y hace una pregunta, y desearía recordar esas palabras. Desearía poder recordar el sonido de su voz. Pero no puedo. Sí me acuerdo de ti riendo y pasando los dedos por las tres líneas que habías dibujado en el polvo de la baranda, arruinando el diseño. Ben vuelve a entrar, vagabundeando, y me dices que cierre los ojos. Me das algo pesado y suave y me dices que escuche, que encuentre el hilo de memoria, que lo aferre y te diga qué veo, pero no veo nada. Me dices que me esfuerce más, que me concentre, que me adentre, pero no puedo.

El verano siguiente será distinto y escucharé el murmullo y podré adentrarme y ver algo, y tú estarás orgulloso y triste y cansado al mismo tiempo, y el verano después de ese me conseguirás un anillo igual al tuyo, pero más nuevo, y el verano después de ese estarás muerto y yo tendré tu llave y también tus secretos.

Pero este verano es simple.

Este verano tengo nueve y estás vivo y todavía hay tiempo. Este verano, cuando te digo que no puedo ver nada, solo encoges los hombros y enciendes otro cigarrillo y vuelves a contar historias.

Historias sobre pasillos retorcidos y puertas invisibles y lugares donde los muertos se guardan como los libros, en estantes. Cada vez que terminas una historia, me pides que te la cuente de nuevo, como si tuvieras miedo de que la olvide.

No las olvido jamás.

## UNO

**ESTO REALMENTE** no es comenzar de cero.

Me recuesto sobre el auto y observo de arriba abajo el Coronado, el hotel convertido en edificio de departamentos que mi madre y mi padre encuentran «tan encantador». Sombrío, de ojos grandes, me devuelve la mirada. Pasé todo el viaje en auto haciendo girar el anillo que tengo puesto, pasando el dedo gordo sobre las tres líneas grabadas en su superficie, como si el aro de plata fuese un rosario o un talismán. Pedí un lugar simple, espacioso y nuevo. Y obtuve esto.

Puedo ver el polvo desde el otro lado de la calle.

—¿No es divino? —grita mi madre.

—Es... viejo.

Tan viejo que las piedras ya están asentadas, las grietas son lo bastante profundas como para darle a la fachada un aspecto de cansancio. Una piedra del tamaño de un puño se afloja frente a mis ojos y cae por el costado del edificio.

Miro hacia arriba para encontrar un techo con gárgolas. No en las esquinas, donde uno espera que estén, sino posadas al azar como una fila de cuervos. Recorro con la mirada las ondulantes ventanas y bajo por los seis pisos, hasta la marquesina de piedra tallada y agrietada sobre el vestíbulo.

Mamá se apresura hacia allí, pero se detiene a mitad de la calle para maravillarse con los «anticuados» adoquines que le dan a la calle tanto «carácter».

—Cielo —la llama papá, que va tras ella—, no te pares en la calle.

Deberíamos ser cuatro. Mamá, papá, Ben, yo. Pero no. Da murió hace cuatro años, pero no ha pasado ni un año desde la muerte de Ben. Un año de palabras que nadie puede decir porque traen imágenes que nadie puede soportar. Las cosas más absurdas te hacen trizas. Una camiseta que descubres detrás del lavarropas. Un juguete que rodó debajo de un armario en el garaje, olvidado hasta que a alguien se le cae algo y va a buscarlo y, de repente, está en el piso de cemento llorando sobre un guante de béisbol.

Pero después de un año de ir por la vida en puntas de pie, tratando de que los recuerdos no estallen como en un campo minado, mis padres decidieron renunciar, pero lo llaman cambio. Lo llaman comenzar de cero. Lo llaman justo lo que esta familia necesita.

Yo lo llamo huir.

—¿Vienes, Mackenzie?

Sigo a mis padres al otro lado de la calle. Debajo de la marquesina hay una puerta giratoria, flanqueada por dos puertas comunes. Unas pocas personas —casi todas mayores— holgazanean alrededor de la entrada y en un patio al costado.

Antes de que Ben muriera, Mamá tenía antojos. Quería trabajar en el zoológico, ser abogada, chef. Pero solo eran antojos. Después de que él murió, se convirtieron en algo más. En vez de simplemente soñar, empezó a hacer. Con fuerza. Si le preguntas sobre Ben, ella hace de cuenta que no escuchó; pero pregúntale sobre su nuevo proyecto —sea lo que sea en ese momento— y ella se pone a hablar por horas, despidiendo una energía que podría dar electricidad a una habitación entera. Pero la energía de mamá es tan inconstante como brillante. Empezó a cambiar de carrera de la misma forma en que Ben cambia —cambiaba— de comida favorita, una semana queso, la otra puré de manzana... En el año que pasó, Mamá probó siete. Supongo que



debería estar agradecida de que no haya cambiado de vida también, ya que estaba en eso. Papá y yo podríamos habernos despertado un día y encontrado una nota con su letra casi ilegible. Pero todavía está aquí.

Otra piedra se cae al costado del edificio.

Quizás esto la mantenga ocupada.

El lugar abandonado en el primer piso del Coronado, metido detrás del patio y debajo de la marquesina, es el futuro hogar del antojo más grande de mi madre —ella prefiere decirle «emprendimiento soñado»—: Café Bishop. Y si le preguntas, te dirá que esta es la razón de nuestra mudanza, que no tiene nada que ver con Ben (solo que ella no diría su nombre).

Caminamos hacia la puerta giratoria y la mano de papá aterriza en mi hombro, llenando mi cabeza de un revoltijo de estática y sonidos graves. Me contraigo y me obligo a no apartarme. Los muertos son silenciosos y los objetos, cuando guardan sensaciones, están en silencio hasta que puedes adentrarte en ellos. Pero el contacto de los vivos es ruidoso. Las personas vivas no han sido compiladas, organizadas; lo que significa que son un revoltijo de memorias y pensamientos y emociones todas enredadas, que mantengo a raya solo gracias al aro de plata que llevo en el dedo. El anillo ayuda, pero no puede bloquear el sonido, solo las imágenes.

Intento visualizar una pared entre la mano de papá y mi hombro, una segunda barrera, tal como me enseñó Da, pero no funciona. El sonido todavía está ahí, capas de tonos y estática, como radios mal sintonizadas, y después de un apropiado número de segundos, doy un paso hacia adelante, fuera de su alcance. La mano de papá cae y el silencio vuelve. Relajo los hombros.

—¿Qué te parece, Mac? —me pregunta y miro la pesada estructura del Coronado.

Me parece que quiero sacudir a Mamá hasta que se le caiga otra nueva idea y nos lleve a otro lado.

Pero sé que no puedo decir eso, no a papá. La piel debajo de sus ojos está casi negra y durante el último año pasó de ser esbelto a estar flaco. Mamá quizá podría darle energía a toda una ciudad, pero papá apenas si se mantiene encendido.

—Creo... —le digo, logrando sonreír—... que será una aventura.

Tengo diez, casi once, y llevo la llave de mi casa colgada del cuello para ser como tú.

Me dicen que tengo tus ojos grises y tu pelo —cuando era marrón rojizo en vez de blanco—, pero a mí no me importan esas cosas. Todos tienen ojos y pelo. Yo quiero las cosas que la mayoría de la gente no nota. El anillo y la llave y la manera en que llevas todo adentro.

Vamos en auto en dirección norte de modo que esté en casa para mi cumpleaños, aunque yo preferiría quedarme contigo a soplar las velas. Ben duerme en el asiento trasero y durante todo el camino a casa, me cuentas historias acerca de estos tres lugares.

El Exterior, sobre el que no gastas demasiado tiempo porque es todo lo que nos rodea, el mundo normal, el único que la mayoría de la gente conoce.

Los Estrechos, un lugar pesadillesco, de pasillos sucios y susurros distantes, puertas y una oscuridad espesa como el hollín.

Y el Archivo, una biblioteca de muertos, vasta y templada, de madera y piedra y cristales de colores, y una sensación de paz en toda su extensión.

Mientras manejas y hablas, una mano guía el volante y la otra juega con la llave que llevas en el cuello.

—La única cosa que los tres lugares tienen en común —dices— son las puertas. Puertas para entrar y puertas para salir. Y las puertas necesitan llaves.

Observo cómo jugueteas con la tuya, pasándole el dedo gordo sobre los dientes. Intento copiarte y notas el cordón que tengo alrededor del cuello y me preguntas qué es.

Te muestro la tonta llave de casa que cuelga de un hilo y el auto se llena de un silencio extraño, como si el mundo entero estuviera conteniendo el aliento, y después sonrías.

Me dices que puedo tener mi regalo de cumpleaños por anticipado, aunque sabes que a mamá le gusta hacer las cosas bien, y luego sacas de tu bolsillo una caja pequeña y sin envolver. Dentro hay un anillo de plata, con las tres líneas que forman la marca del Archivo grabadas en el metal, igual que en el tuyo.

No sé para qué es, todavía no —una especie de anteojera, un silenciador, un amortiguador del mundo y sus recuerdos, de la gente y su infinidad de pensamientos—, pero estoy tan entusiasmada que prometo no sacármelo nunca. Y entonces el auto da con un bache y se me cae debajo del asiento. Te ríes, pero te hago salir de la autopista para poder agarrarlo. Lo tengo que usar en el dedo gordo porque es demasiado grande. Me dices que ya me quedará bien cuando crezca.

Arrastramos nuestras valijas a través de la puerta giratoria hacia el vestíbulo. Mamá trina de la alegría y yo siento vergüenza.

El extenso recibidor parece salido de una de esas fotos en las que tienes que buscar qué está mal. A primera vista brilla, con sus mármoles, sus molduras en el techo y sus tonos dorados. Pero en una segunda mirada, se nota que el mármol está cubierto de polvo, las molduras están agrietadas y el dorado se cae activamente sobre la alfombra. Los rayos del sol entran por las ventanas, radiantes a pesar del vidrio avejentado, pero el lugar huele a tela de cortina que nunca se lavó. Este lugar alguna vez fue, sin dudas, espectacular. ¿Qué pasó?

Dos personas se detienen ante una ventana en la entrada, aparentemente sin notar la neblina de polvo en la que están paradas.

Del otro lado del vestíbulo, una enorme escalera de mármol lleva al segundo piso. La piedra color crema probablemente brillaría si alguien la puliera lo suficiente. El empapelado tapiza los costados de la escalera y desde el otro lado de la habitación veo una ondulación en el diseño de flores de lis. Desde aquí parece una grieta. Dudo de que alguien pudiera notarla, no en un lugar como este, pero se supone que yo debo percibir estas cosas. Estoy arrastrando mi valija hacia la ondulación cuando escucho mi nombre y me doy vuelta para ver a mis padres desapareciendo por una esquina. Levanto mi valija y los alcanzo.

Los encuentro parados frente a un trío de ascensores justo al lado del vestíbulo.

Las jaulas de hierro forjado del ascensor, por su aspecto, podrían llevar sin peligro a dos. Las personas que están frente a la ventana de la entrada nos miran como diciendo «¿Están seguros de querer subir?», pero es demasiado tarde. Ya estamos ingresando en uno de los ascensores, tres personas y cuatro valijas. Susurro una especie de plegaria mezclada con un insulto mientras cierro la puerta enrejada y presiono el botón del tercer piso.

El ascensor gruñe al cobrar vida. Quizá también haya música funcional, pero es imposible escuchar algo más allá del sonido que la máquina hace solo por llevarnos hacia arriba. Nos elevamos por el segundo piso con gran lentitud, apretados por las valijas. A mitad de camino entre el segundo y el tercer piso, el ascensor hace una pausa para pensar, después traquetea hacia arriba otra vez. Despide un estertor mortal al llegar al tercero, punto en el cual abro las rejas de un empujón y nos libero.

Anuncio que a partir de ahora voy a ir por las escaleras.

Mamá trata de pasar por la barricada de valijas.

—Tiene cierto...

—¿Encanto? —La imito, pero ella ignora el golpe y logra liberar una pierna y pasarla sobre las valijas, que casi se derrumban cuando su taco se engancha en una correa.

—Tiene personalidad —agrega mi padre, que la sostiene del brazo.

Me doy vuelta para observar el pasillo y se me hace un nudo en el estómago. En las paredes hay una fila de puertas. No solo la cantidad que uno esperaría que haya, sino como una docena más; inservibles, pintadas, unidas a la pared con empapelado, apenas contornos y marcos.

—¿No es fascinante? —dice mi madre—. Las puertas de más son de la época en que era un hotel, antes de que empezaran a tirar paredes y unir habitaciones y transformar espacios. Dejaron las puertas, empapelaron sobre ellas.

—Fascinante —repito. Y espeluznante. Como una versión bien iluminada de los Estrechos.

Llegamos al departamento en el fondo —con un 3.º F muy decorativo clavado en la puerta— y papá saca la llave y abre la puerta de par en par. El departamento detrás tiene la misma calidad gastada que todo lo demás. Habitado. Este lugar tiene marcas, pero ninguna de ellas son nuestras. En nuestra antigua casa, incluso al quitar los muebles y embalar las cosas, estaba lleno de estas marcas. El rastro en la pared de cuando lancé aquel libro, la mancha en el techo de la cocina de cuando mamá hizo ese experimento fallido con la licuadora, los garabatos azules en las esquinas de las habitaciones donde Ben dibujó. Siento una opresión en el pecho. Ben nunca dejará marcas en este lugar.

Mamá emite *ooohs* y *aaahs* y papá deambula por las habitaciones en silencio. Yo estoy a punto de juntar coraje y atravesar el umbral, cuando lo siento.

El roce de las letras. Un nombre escribiéndose en el trozo de papel del Archivo en mi bolsillo. Saco la hoja —es aproximadamente del tamaño de un recibo y está extrañamente limpia— mientras el nombre de la Historia se garabatea en prolija cursiva.

*Emma Claring, 7.*

—Mac —llama papá—, ¿vienes?

Me escabullo nuevamente al pasillo.

—Dejé mi bolso en el auto —contesto—. Ahora vuelvo.

Hay una vacilación en el rostro de papá, pero ya asiente con la cabeza, ya se da media vuelta. La puerta cierra con un clic y yo lanzo un suspiro y me doy vuelta hacia el pasillo.

Necesito encontrar esta Historia.

Para eso, necesito ir a los Estrechos.

Y para eso, necesito encontrar una puerta.

## DOS

TENGO ONCE, y estás sentado a la mesa frente a mí, hablando bajo el sonido de los platos que viene de la cocina. La ropa te empieza a quedar grande: las camisas, los pantalones, hasta el anillo. Oí a mamá y a papá hablar y decían que te estabas muriendo; no rápido, no como caen las rocas, de un golpe, pero muriendo de todos modos. No puedo evitar mirarte entrecerrando los ojos, como si pudiera ver cómo la enfermedad va quitándote todo, robándote, alejándote de mí, poco a poco.

Me estás hablando del Archivo otra vez, algo acerca de cómo cambia y crece, pero la verdad es que no te estoy escuchando. Estoy haciendo girar el anillo de plata alrededor de mi dedo. Ahora lo necesito. Pequeños fragmentos de memoria y sentimiento han empezado a abrirse paso a través de mí cuando alguien me toca. Todavía no son disonantes ni violentos, solo un poco desordenados. Te conté eso y me dijiste que iba a empeorar, y cuando lo dijiste parecías triste. Me explicaste que es genético, el potencial, pero que no se manifiesta hasta que el predecesor hace la elección. Y tú me elegiste. Espero que no te hayas arrepentido. Yo no lo lamento. Solo lamento que a medida que me fortalezco, pareces debilitarte.

—¿Me estás escuchando? —me preguntas, porque es obvio que no.

—No quiero que te mueras —digo, sorprendiéndonos a ambos, y cuando tus ojos se fijan en los míos todo el mo-